

***IN MEMORIAM***  
**DON W. CRUICKSHANK**  
**(1942-2021)**

El 17 de agosto de 2021, un día después de cumplir 79 años, murió de manera inesperada Don Cruickshank en su casa de Dublín, cuando se preparaba para viajar a Alicante, como solía hacer con frecuencia. Con él desaparece un hispanista de primera fila, un profesor entregado a su tarea y un investigador impar en los terrenos que cultivó, pero se fue a la vez un colega siempre dispuesto a ayudar y un hombre bueno, reservado en apariencia en la vida social, pero atento y cordial en la relación personal.

Había nacido en el pequeño pueblo de Fettercairn, en el condado de Kincardineshire, en el este de Escocia. Siempre hizo gala de su ascendencia y, cuando salía a colación el nombre de cualquier otro profesor de ese origen, no perdía ocasión de aludir a la «mafia escocesa» para referirse a una hermandad que presumía de ayudarse y facilitar las cosas entre sí. Tras licenciarse en Español y Francés en la Universidad de Aberdeen (1965), ciudad donde ya había cursado la enseñanza media y donde comenzó a interesarse por el estudio de las lenguas, realizó el Doctorado en Cambridge. En Aberdeen ya había tenido como profesores a Terence May y Peter Dunn, ahora iba a centrarse en la obra de Calderón bajo la supervisión de Edward M. Wilson.

El encuentro con un maestro de tal magnitud marcó para siempre la carrera de Don Cruickshank. Wilson poseía un gran conocimiento de la lengua y la literatura clásica españolas; no por casualidad con 25 años tradujo las *Soledades* de Góngora en verso inglés, publicada en parte por T. S. Eliot en su revista *The Criterion*. Se centró desde muy pronto en Calderón de la Barca, con decisivos artículos suyos sobre los cuatro elementos en su teatro (1936) o una revisión de *La vida es sueño* (1946), en cuya versión española colaboró mi maestro Enrique Moreno Báez, entonces colega suyo en la Universidad inglesa. Wilson estuvo en contacto con los métodos de F. C. Leavis y L. C. Knights en la revista de Cambridge *Scrutiny*, y asumió su superación del positivismo y la búsqueda de «caracteres» en favor del análisis del lenguaje poético, su ambigüedad y la riqueza de sus imágenes. Pero detuvo sus estudios literarios acerca del teatro calderoniano al darse cuenta de la escasa fiabilidad de los textos del dramaturgo. No solo se carecía de ediciones críticas, sino que las que circulaban, de Vera Tassis y Apontes a Keil y Hartzenbusch, presentaban tal número de dudas que hacían del análisis de las comedias una apuesta aventurada, pues se ignoraba si se estudiaba la poesía dramática de Calderón o los errores acumulados por tres siglos de tradición impresa.

No existía una bibliografía competente, con relación y localización de los manuscritos conservados y las ediciones del siglo XVII, fuesen las *Partes* de comedias o sueltas, sin saber cuáles de estas últimas habían circulado en vida de don Pedro y cuáles eran posteriores. Por lo tanto, Wilson se consagró a rastrear fuentes impresas y manuscritas de la obra de Calderón, a fin de poner las bases de lo que imaginaba como una tarea imprescindible: abordar su teatro del modo con que la crítica anglosajona lo hacía con Shakespeare y los dramaturgos isabelinos, para lo cual era necesario armarse con los métodos de la *textual bibliography*, prácticamente inéditos entonces en los estudios hispánicos.

Todo esto lo aprendió Cruickshank desde los 23 años, cuando entró en contacto con Wilson en 1965 como alumno de Doctorado. Y ya no lo olvidó. Centrado desde el inicio en Calderón y muy consciente de que había que utilizar las herramientas imprescindibles, se impuso en el conocimiento de los

métodos de la bibliografía entendida al modo inglés, es decir, el estudio del libro como objeto material, lo que implicaba profundizar en el análisis de tipos, portadas, fundidores, imposiciones, impresores, papel, y no menos en la identificación de manos manuscritas, comenzando por la del propio dramaturgo, a lo que dedicó un trabajo ya en 1970. Es decir, que pudo desde el principio llevar adelante lo que su maestro había interrumpido hacía años, aunque sin olvidar el estudio de obras concretas, como *A secreto agravio* en un artículo de 1951.

La vinculación con Wilson fue permanente. Doctor en 1968, estuvo dos años más en Cambridge como *Research Fellow*, para pasar en 1970 al University College de Dublin, parte de la National University of Ireland, en la que permaneció hasta su jubilación. Aunque alejados físicamente, su colaboración con Wilson se intensificó, de manera que vemos ya en 1972 la firma de ambos en un trabajo sobre el *Psalle et sile*. Pero mucho más destacable es la tarea que bajo su inspiración emprendió para publicar en edición facsímil todas las *Partes* de comedias de Calderón, que cristalizó en 1973 en los 17 volúmenes que suponían los 12 tomos de las cuatro primeras *Partes* en todas las ediciones aparecidas en vida de Calderón, más las 5 póstumas de Vera Tassis. La importancia de semejante labor es difícil de medir hoy, en que los medios electrónicos permiten a cualquiera la consulta de muchos de esos ejemplares desde el ordenador del despacho. Pero el esfuerzo que supuso y la trascendencia que implicó la consulta directa de ediciones genuinas, alguna ya muy rara, fue un salto de gigante en el conocimiento de los textos calderonianos. Esa labor fue dirigida por Cruickshank y J. E. Varey, quien permitió que el nombre de su colega apareciera en primer lugar, aunque era veinte años más joven.

Con todo, la reproducción de las páginas de los tomos del siglo XVII se realizó con exquisito cuidado, que no solo indicaba qué ejemplar era el utilizado, sino que se señalaba en una advertencia preliminar de la *Primera Parte* de 1636: «Although great care has been taken in reproducing the original text as faithfully as possible, some variations in type size may occur due to technical complications», palabras atribuibles a quien era ya un joven maestro en el terreno bibliográfico, que sabía hasta qué punto

importaba la medida de los tipos y cómo toda reproducción facsímil puede no representar la copia exacta de un original, pues el objetivo de cualquier cámara engaña mucho más que el ojo humano. Pero también se advertía antes de la portada -tampoco es difícil conocer al autor de la nota- que al final del volumen se hallaban cuatro páginas procedentes de otro ejemplar, para salvar las manchas, roturas o sobreimpresiones que dificultaban levemente la lectura.

Ahora bien, esos 17 volúmenes fueron seguidos de uno, el último, de estudios literarios sobre algunas obras, que ahora no nos interesa, y precedidos asimismo por otro, que por tanto porta el número 1 de la serie, que se titula *The textual criticism of Calderón's Comedias* y va firmado por Wilson y Cruickshank, aunque editado solo por este último. Ahí se recogen doce estudios bibliográficos, cinco de Wilson, aparecidos en revistas en los quince años anteriores, y los otros siete del propio editor, de los que cinco eran inéditos. En ellos se despliega ya todo el profundo conocimiento que Cruickshank poseía sobre la materia. Así, por caso, pudo identificar que la *Primera Parte* con la fecha falsa de 1640 (conocida como VS), impresa mucho más tarde, hacia 1670, algo ya avanzado por Wilson, había sido realizada por dos impresores, Bedmar y Alegre, que se habían repartido el trabajo, según un sistema empleado por entonces en varios impresores de teatro; a ello llegaba por el estudio de los tipos y los pequeños tacos usados. Del mismo modo, señaló que una de las dos *Tercera Parte* de 1664 (la conocida como «*Excelentísimos*»), casi diez años posterior, también se había producido en dos talleres. Y aun más notable era el análisis de la *Primera Parte*, pues el cotejo de los cuatro ejemplares entonces conocidos de la *princeps* de 1636 (hoy sabemos de otros dos, en Albi y la BNE de Madrid) mostró la existencia de variantes de estado nada menos que en el texto de *La vida es sueño*, obra sobre la que advertía la necesidad de tener en cuenta las variantes existentes en la edición de Zaragoza del mismo 1636. Y se planteaba también si la ortografía permitiría o no deducir que la imprenta había trabajado con un manuscrito de mano del propio Calderón.

La aparición de esta inestimable colección de facsímiles y estudios había sido ya precedida por la de la primera gran

aportación calderoniana, que constituyó el primer libro de Cruickshank: la edición de *En la vida todo es verdad y todo mentira* (1971). Basada en el manuscrito autógrafo, se extiende por 139 páginas de introducción y 254 dedicadas al texto, notas y variantes. Aunque la parte principal de la primera se ciñe al estudio textual, variantes respecto a los testimonios impresos, fecha y fuentes, también se consagran 34 páginas al estudio literario y teatral de la obra. Es buena muestra de cómo desde el principio Don vinculó todos los planos indispensables en un análisis completo de los textos, lo que seguiría realizando en años sucesivos con la edición de *El médico de su honra* para Castalia (1981), por el estudio de los tipos y de los pequeños tacos usados de *No hay burlas con el amor* (1986, con Seán Page), *La púrpura de la rosa* (1990, con Martin Cunningham y Ángeles Cardona) o *La segunda versión de La vida es sueño* (2000, con José María Ruano y Germán Vega), trabajos a los que cabría añadir la guía de lectura de *El médico de su honra* para las «Critical Guides» de Grant & Cutler (2003).

Sin embargo, aparte de que la mera relación de las ediciones anteriores muestra lo inclinado que era a colaborar con otros colegas, debe señalarse ahora la tarea que asumió para dar publicidad a los estudios inéditos que dejó a su muerte en 1977 su maestro Edward Wilson, del que se convirtió en albacea intelectual. El primero fue el libro *Samuel Pepys's Spanish Plays* (1980), en el que venían trabajando conjuntamente en los últimos años y que apareció en las prestigiosas publicaciones de The Bibliographical Society londinense. La monografía no solo es un modelo de estudio de las sueltas teatrales que trasciende mucho más allá de lo que toca a los 28 títulos de Pepys, sino que incluye una historia del formato 'suelta', un análisis de todos los tipos usados por los diferentes impresores, la reproducción de tales letrerías y de los adornos tipográficos de metal o madera y en fin una cuidadísima descripción bibliográfica de las sueltas, que hubiera debido servir de ejemplo para estudiar de una vez el complejo problema de clasificación, ordenación y datación de la ingente masa de sueltas teatrales, que, pese a varias aportaciones valiosas, sigue siendo en gran parte una *terra incognita*.

La siguiente aportación fue la edición de un volumen de xix+281 páginas donde se reunían catorce trabajos de Wilson:

*Spanish and English literature of the 16th and 17th centuries. Studies in discretion, illusion and mutability* (1980). Se trataba de un proyecto de su maestro que no había llegado a concluirse, en el que reunía algunos artículos fundamentales para el estudio de nuestro teatro clásico, al que Cruickshank añadió dos trabajos aún inéditos sobre la comedia de capa y espada y *El caballero de Olmedo*. El primero formaba parte de una obra de conjunto sobre las comedias de Calderón que Wilson había pergeñado en los primeros años cuarenta y que nunca completó. Cruickshank se ciñó a ordenar los materiales, traducir al inglés algún artículo, explicar la génesis del libro y ofrecer una completa bibliografía de Wilson, cuya imagen de estudioso resalta en esos ensayos, que provocan la nostalgia por lo que podría haber escrito de haber insistido en el análisis de nuestro teatro. Pero entonces echaríamos en falta lo que supuso su labor en el estudio material de las ediciones y no menos de guía e inspiración de otros, como Cruickshank.

En 1981 se publicó el volumen III del *Manual bibliográfico calderoniano*, de Kurt y Roswitha Reichenberger. En él, aparte de un trabajo del propio Cruickshank sobre «Calderón y el comercio español del libro», donde reconoce: «Nadie más calificado para escribir esta introducción que el fallecido profesor Edward Wilson» (pág. 15), se incluye un muy extenso capítulo (250 páginas) firmado por maestro y discípulo sobre «Las sueltas de Calderón conservadas en bibliotecas inglesas e irlandesas», precedido de un par de páginas de Cruickshank sobre las sueltas que fueron del mismo Wilson y pasaron a la Universidad de Cambridge. En fin, en 1984 apareció la edición de *Fieras afemina amor*, que Wilson había dejado en forma bastante adelantada; Cruickshank y Cecilia C. D. Bainton prepararon el original y añadieron determinadas observaciones sobre lo que había quedado sin detallar.

Don Cruickshank continuó sus propias investigaciones, cristalizadas en docenas de artículos, que echaron luz sobre aspectos decisivos, como las ediciones de Góngora, sobre escritores como Rojas Zorrilla o Cubillo, el comercio del libro en el Siglo de Oro, los problemas que presenta la edición de nuestro teatro clásico en los dos libros colectivos sobre *Editing the comedia* (1985 y 1991), en el trascendental *Imprenta y crítica textual* que

coleccionó Francisco Rico (2000) o las muy recientes aportaciones en los editados por Alexander Wilkinson en 2017 y 2021, el primero con Alejandra Uilla. Y cabe evocar asimismo el ceñido resumen y puesta al día sobre los textos de Calderón con el que contribuyó al monográfico de la revista *Ínsula* (644-645) que yo mismo coordiné con motivo del centenario del dramaturgo, o el trascendental estudio sobre las letras cursivas empleadas en la imprenta española en los siglos XVI y XVII, verdadero *tour de force* que nadie sino él podría haber llevado a cabo.

Sobre Calderón restan por citar, al menos, otras tres contribuciones ejemplares. De la primera fui testigo cercano, pues se trata de su aportación a la edición moderna de todas las *Partes* de Calderón, coordinada por mí en la Biblioteca Castro de la Fundación José Antonio de Castro. Él asumió la edición de la *Tercera Parte*, aparecida en 2007. El plan era mantener el contenido de las comedias de cada volumen, pero no reproducir sin más su texto, sino proporcionar el mejor posible a la luz de los testimonios existentes. Se pretendía ofrecer un «Calderón en limpio», algo así como el texto crítico, pero sin aparato textual. Su *Tercera Parte* supuso un trabajo enorme (xlii+1328 páginas), que implicó la revisión de todos los testimonios manuscritos e impresos antiguos a fin de depurar lo que la tradición había ido llenando de ruido y desechos. No han faltado quienes echaban de menos las notas a pie de página; la norma de la Biblioteca Castro era ofrecer el texto limpio, sin nada que distrajese la atención del lector. Y Calderón no emplea un lenguaje tan distante que no permita la cabal comprensión de lo que dice. De rechazo, la experiencia muestra que de esta forma el lector corriente, a poco culto que sea, aprecia mejor los valores literarios y teatrales, sin distraerse yendo y viniendo al pie de la página o al final del libro, donde a veces se acumula no poca broza erudita. Lo curioso es que, por un accidente editorial, el tomo (solo este entre los publicados en la Castro) lleva todas las intervenciones de los personajes al margen izquierdo, con lo que, cuando se producen los famosos «bocadillos» en los que un verso se distribuye entre dos o tres locutores, resulta a veces complejo identificar la medida versal. Ni Don ni yo mismo recibimos pruebas que hubieran permitido detectar esa peculiaridad; temí que él podría estar muy

molesto por ello. Con su característica bonhomía, restó importancia al hecho, diciendo que así su edición se iba a parecer más a los usos tipográficos del XVII.

La segunda fue la biografía de Calderón aparecida en Cambridge en 2009, dedicada a la memoria de Edward Meryon Wilson (xxi+471 páginas), que tuvo traducción española en 2011. Su propósito se ciñe a considerar los años previos a su entrada en el sacerdocio, es decir, su «secular career», por lo que se detiene en 1650. Aunque él con suma elegancia no lo diga, lo cierto es que el plan había sido dividir la tarea con otro colega, que se ocuparía de los treinta últimos años de vida del escritor, pero esa labor no fue concluida. De haberlo precisado hubiera quedado más claro por qué se detuvo a mediados del XVII. En todo caso, se trata de una aportación fundamental, que no solo recoge todos los datos existentes, sino que avanza interpretaciones sobre las obras, se resiste a aceptar otras y, en suma, nos da el mejor panorama que tenemos sobre don Pedro, realizado con la puntual autoridad de quien llevaba toda la vida tras sus huellas.

En fin, la tercera contribución es la entrada sobre el autor en el *Diccionario filológico de la literatura española (siglo XVII)* dirigido por Pablo Jauralde (2010), donde en 60 páginas se halla el más exacto repertorio que cabe consultar acerca de cada una de sus obras.

Este ha sido un rápido y muy incompleto recordatorio de las labores de Don Cruickshank a lo largo de una vida de intenso y fructífero trabajo. Su desaparición nos deja huérfanos, pues ahora ¿a quién acudir para aclarar qué imprenta pudo hacer tal suelta o cuál usaba este o aquel adorno tipográfico? Con rapidez y gentileza, respondía al instante a las consultas con las que tantos le importunábamos una vez tras otra. Siempre presto a ayudar, ponía a disposición del curioso impertinente el despliegue de su sabiduría. No muy amigo de viajes para asistir a congresos, no faltaba, sin embargo, cuando la reunión era reducida y los colegas amigos. A la Universidad de Santiago de Compostela acudió varias veces, ya fuese a algún simposio o como miembro de tribunal de Tesis doctoral. De su generosidad y desprendimiento puedo dar un ejemplo. En diciembre de 1979, cuando no lo conocía en persona, le escribí para interesarme por el estado en que había quedado el

proyecto de Wilson de publicar un tomo con las poesías sueltas de Calderón, pues de estar ultimado para la imprenta haría innecesaria la idea de llevarlo a cabo por mi parte. El 8 de febrero de 1980 recibí carta suya, por cierto firmada como Donald W. Cruickshank, antes de que decidiera abreviar su nombre de pila, aclarando que, en efecto, Wilson había empezado a preparar esa edición, pero su muerte había dejado el proyecto en barbecho. Lo más destacado es que se ofreció a enviarme los papeles de Wilson y así recibí no ya copia de los artículos que había publicado sobre poemas concretos, algunos en revistas no fáciles de encontrar, sino también todos los materiales con fotocopias de manuscritos, de ediciones antiguas, de cotejos y de anotaciones, con algún texto ya preparado en el característico papel amarillo que Wilson usaba.

Debo decir que por entonces sobre Calderón yo solo era autor de una reseña del auto *La divina Filotea*, de manera que me concedía un enorme margen de confianza que mucho le agradecí. Es verdad que aquel plan se fue retrasando por mil y un motivos: podría decir con Cervantes «tuve otras cosas en que ocuparme», y pasaron décadas hasta que Antonio Sánchez Jiménez concibió la misma tarea, y nos pusimos de acuerdo al momento. Así apareció la edición de la *Poesía* de don Pedro en 2018 (editorial Cátedra). Por supuesto, el libro va dedicado a Don W. Cruickshank y a la memoria de Edward Wilson, y en las páginas 138 y 147 hicimos constar nuestra deuda con ambos. Y aun más, cuando a última hora, ya en pruebas, tuvimos noticia del manuscrito autógrafo de una parte del *Discurso de los Novísimos* de Calderón, que pudimos incluir como apéndice (864 versos), consultamos a Don para que nos certificara que la mano era, en efecto, la de don Pedro y nos iluminara acerca de la fecha probable de la escritura y alguna lectura compleja. Y así redactó los dos largos párrafos que aparecen en las páginas 480-481, a él atribuidos con nuestra renovada gratitud.

Así era Don William Cruickshank. Siempre presto a colaborar, siempre prudente, siempre modesto y ajeno a vanaglorias. Es de esperar que los trabajos que dejó terminados o a punto de serlo puedan ver pronto la luz, pues nadie mejor que él podía tratar aquello que abordaba. Entre otros, estaba empeñado en estudios bibliográficos acerca de sueltas e imprentas sevillanas y

tenía ultimada la edición de la *Octava Parte* de Calderón, dentro de la serie de la Biblioteca Castro, que la crisis económica padecida desde 2008 interrumpió esperemos que de forma no definitiva. Sería el mejor monumento a su memoria.

*Sic tibi terra levis.*

LUIS IGLESIAS FEIJOO  
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA